



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2025

Benjamín G. Rosado

El vuelo del hombre





Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2025

Benjamín G. Rosado

El vuelo del hombre

© Benjamín G. Rosado, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-322-4454-4

Depósito legal: B. 3.526-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Hacía algunos años que el profesor Castro había perdido todo contacto con el mundo. Nadie sabía los motivos que lo habían llevado a donar los libros de su biblioteca y a desaparecer sin dejar rastro. Cuando me decidí a escribirle, ni siquiera estaba seguro de que siguiera con vida. Comencé enviando correos electrónicos a todas las editoriales en las que había publicado, lo intenté también por carta e incluso llamé a la universidad donde había dado clases. «Pierde usted el tiempo», me previno una voz al otro lado del aparato. Al final se me ocurrió mandar un fax a un número que encontré en la página legal de uno de sus ensayos y, por alguna razón, aquello dio resultado. El viejo profesor accedería a recibir a un desconocido estudiante de doctorado dispuesto a cruzar el Atlántico para lanzarle unas cuantas preguntas. Media hora sería suficiente, rogué en mi misiva. Al cabo de varios días, el eminente lingüista y catedrático de Literatura me citaba en su casa de Valparaíso por medio de una nota redactada de su puño y letra. Encontré su respuesta en la bandeja del fax del despacho que compartía en la segunda planta de la Facultad de Filología. Fue una simple casua-

lidad, o acaso una advertencia, que se imprimiera durante la madrugada del dos de noviembre de 2001, Día de Difuntos.

No había tiempo que perder. Dos meses antes, varias revistas científicas se habían hecho eco de un asombroso descubrimiento llamado a cambiar el curso de la lingüística moderna, un nuevo paradigma que nos permitiría volver a enfrentarnos, tal y como había vaticinado Wittgenstein, al embrujo del entendimiento del lenguaje. El hallazgo, sin embargo, apenas tuvo repercusión en la prensa, que en aquellos días empleaba todos sus recursos en esclarecer las causas y previsibles consecuencias de los trágicos atentados de Nueva York. Es probable que, de haberse producido un poco antes, el primer gran hito científico del nuevo milenio hubiera recibido un generoso despliegue. En España solo un periódico recogió la noticia en su edición del diecinueve de septiembre. En el faldón de una página par apareció una nota de agencia que daba cuenta, en cuatro sucintos párrafos, del experimento llevado a cabo por un grupo de científicos de la Universidad de Oxford, quienes habían conseguido aislar un gen, al que bautizaron como FoxP2, y demostrar su implicación en la capacidad de los vertebrados para comunicarse.

Ahí estaba, nada más y nada menos, el señor Origen del Lenguaje, una misteriosa criatura prehistórica de la que no se habían encontrado restos fósiles, un inquietante yeti que daría respuesta a infinidad de interrogantes, empezando por los de mi incierto porvenir como doctorando de la Universidad Complutense de Madrid. ¿Era el lenguaje una facultad innata o un conocimiento adquirido en un largo proceso de aprendizaje? La pregunta había enfrentado durante décadas a pensadores de todos

los campos de conocimiento. Yo mismo había estudiado a fondo la gramática universal de Noam Chomsky para mis trabajos de posgrado. En 1957 el lingüista y filósofo estadounidense había formulado una revolucionaria teoría, según la cual todos nacemos con unas estructuras cerebrales anteriores a la adquisición del lenguaje. Su hipótesis se basaba en la facilidad con que los niños aprenden a hablar al tiempo que van reinventando la gramática, creando enunciados de acuerdo a patrones que no han escuchado ni imitado de sus cuidadores. Volver al origen, esa era la palabra, la clave de todo este asunto.

Cuando escribí al profesor Castro, varios especialistas ya se habían pronunciado acerca de las prometedoras implicaciones del FoxP2 en el desarrollo neuronal. Muy pronto, prometía un catedrático de Harvard, tendríamos acceso a los arcanos de nuestra propia inteligencia. De ahí que los organizadores del XXIX Foro Internacional de Lingüística que tendría lugar a finales de año en la Universidad Católica de Valparaíso se hubieran tomado la molestia de convocar en tiempo récord a las grandes estrellas de la disciplina. A todo el mundo le extrañó que Néstor Castro, que había dado clases durante más de treinta años en el aula magna donde se celebrarían las conferencias, declinara la invitación.

El profesor vivía en una casa retirada en el cerro más elevado de Valparaíso. Fueron necesarios dos funiculares para alcanzar el último tramo de cuesta que conducía a una desvencijada construcción de madera. Allí arriba, solo el hormigón de los escalones resistía la embestida del viento, que agitaba con fuerza la techumbre metálica, confundiéndola con una vela. En la entrada, junto al bu-

zón, una campana que hacía las veces de timbre emitió un sonido remoto y grave, parecido al de una embarcación llegando a puerto. Entonces me di cuenta de que la casa tenía la apariencia de un barco, un barco suspendido en el aire.

Abrió la puerta un hombre de rostro afilado y nariz aguileña. Desde el umbral, tres peldaños por encima de mí, Castro me examinó con la mirada amusgada por el sol antes de estrecharme la mano e invitarme a pasar. Mientras lo seguía por un largo pasillo, me fijé en la delgada corpulencia de mi anfitrión de ochenta y dos años. Quizá en sus mejores tiempos hubiera alcanzado el metro noventa. Sobre su esqueleto de alambre, la chaqueta de lino gris y los pantalones a juego le conferían un aire de irrealidad, como un actor que espera entre bastidores el momento de salir a escena. Era sin duda un conjunto reservado para ocasiones especiales, y cuando empezaba a preguntarme si habría llegado en mal momento, el profesor me ofreció una taza de café y desapareció en dirección a la cocina. Mientras esperaba, dejé mi grabadora y una libreta sobre una de las sillas del comedor.

El profesor regresó con una bandeja y sirvió dos tazas de un puchero de latón. Sin decir nada, tomó asiento en un desgastado butacón de terciopelo junto a un escritorio atestado de libros, montañas de papel, un viejo ordenador y un fax. Acto seguido se encendió una pipa sin apartar la mirada del intenso azul que colmaba los ventanales del salón. Antes de que su rostro se perdiera en una nube de humo, empecé a enumerar los motivos que me habían traído a Valparaíso unos días atrás. Le hablé de mi desesperada búsqueda de una primicia académica que me permitiera aspirar a una de las becas del departamento y también de las conferencias a las que estaba asistien-

do en el Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Durante varios minutos me dediqué a recitar nombres y datos como un ridículo papagayo con la esperanza de que alguien o algo sirviera para iniciar una conversación. Pero el profesor permaneció imperturbable, cual humeante esfinge inmune al efecto de mis palabras.

—Estará de acuerdo conmigo —me aventuré— en que el FoxP2 revalida las viejas teorías innatistas sobre el origen del lenguaje que con tanto empeño usted defendió en sus libros y en sus clases. Aunque el reconocimiento llegue tarde, tiene la oportunidad de limpiar su nombre. ¿Qué le impide acudir a las jornadas?

En lugar de reaccionar de inmediato, el profesor cerró los ojos, cruzó los dedos sobre el regazo y vaciló varios segundos en silencio, calibrando el alcance de su respuesta. Después se puso en pie, se acercó a una de las ventanas y, señalando en dirección a unos tejados cercanos, dijo al fin:

—¿Sabe qué ave es esa?

La pregunta me descolocó. Rápidamente me acerqué a la ventana para localizar la criatura que seguía apuntando con la misma mano con la que sostenía la pipa. En la distancia distinguí un pájaro blanco, aproximadamente del tamaño de una paloma. Podía haberlo visto mil veces y no haber reparado en las delicadas formas de aquella diminuta belleza alada. La ornitología no era, desde luego, una de mis especialidades.

—¿Una cría de gaviota? —resolví sin la menor convicción.

El profesor profirió una risa cáustica de decepción.

—No diga tonterías y preste atención, muchacho —reconvino, y comenzó a limpiar la cazoleta.

Acobardado por su insistencia, fingí aguzar la mira-

da apoyando las dos manos sobre el cristal. Pero la verdad era que no tenía ni la más remota idea de lo que me estaba hablando.

—Me parece ver un pájaro muy pequeño, con un pico fino y alargado —añadí con la voz pinzada de timidez—. Pero no sabría decirle qué especie en concreto. Para serle sincero, profesor, no sé mucho de pájaros...

—Vaya, hombre. Se rinde usted demasiado pronto —terció con arrogancia—. Lo que ve ahí es un *Calidris alba*, un ave caradriforme de la familia *Scolopacidae*. Se alimenta de pulgas de mar que captura sobre la arena de la playa y viene aquí arriba a disfrutar de su banquete. El ejemplar en cuestión es una hembra joven. ¿Se hace una idea de la distancia que ha recorrido esa criatura para que nosotros podamos contemplarla?

—Ni la más remota —admití sin el menor empucho—. Pero algo me dice que una barbari...

—Catorce mil kilómetros —me interrumpió—. Catorce mil kilómetros en unos pocos días, y sin apenas descanso. Estas aves se desplazan cada año desde el Ártico mientras ejecutan en el aire una compleja y misteriosa danza. ¿Y qué cree que las trae hasta estas tierras cada año?

—¿El clima?, ¿la comida? —tanteé con un nudo de impaciencia—. ¿El instinto reproductor?

—Eso cree todo el mundo. Pero usted también ha recorrido una distancia considerable para venir aquí con la intención, sospecho, de hacer preguntas inteligentes. Cuestiones como las que me planteaba en el mensaje que, obedeciendo una corazonada, se atrevió a enviarme por fax sin imaginar que yo acabaría mordiendo el anzuelo. —Y apuntó al escritorio con un ademán de barbilla—. Si está decidido a ser alguien en la vida, pongamos un emi-

nente doctor en Filología, sus respuestas deben estar a la altura de sus preguntas. Se lo plantearé de otro modo. ¿Qué es lo que hace que cada año este pájaro venido de la tundra ártica anuncie la llegada del verano austral a los habitantes de Tierra de Fuego? Tómese el tiempo que crea conveniente antes de contestar.

La batalla parecía perdida.

—Lamento el inconveniente, profesor, pero de verdad que no lo sé —me excusé.

Castro se dio la vuelta, recorrió a cámara lenta un par de metros hasta la mesa baja y asió una de las tazas de la bandeja.

—Está bien, está bien, lo entiendo. No se preocupe... —dijo, y sorbió un primer trago de café—. Pero me temo que no podremos hablar de lo que sea que le ha traído hasta aquí hasta que no tenga una respuesta a mi pregunta.

—Pero, profesor, yo...

—Vuelva cuando lo sepa, muchacho —arremetió taxativo, y se puso en pie—. Vuelva cuando lo sepa. Ya sabe dónde encontrarme.

No hubo despedida y ni siquiera me acompañó a la puerta. Camino de la salida, mientras me batía en retirada arrastrando los pesados pasos de la vergüenza, reparé en un detalle: casi todas las paredes de la casa estaban cubiertas de estanterías, pero en ellas no había un solo libro.